

PYRENAICA

Para que todo sea más completo y así no pueda dormir, una gotera situada afuera ha comenzado a caer sobre algún caldero. Cloc, cloc, cloc... Después el cloc dichoso se ha convertido en un grifo alocado cayendo implacable.

Mi mayor satisfacción en este momento sería calzarme una bota para darle un puntapié al caldero y lanzarlo lo más lejos posible. Pero me parece tonto ponerme una bota para eso solo. Así es que con la mayor delicadeza, con lo mejor de mis modales —extrañísimo caso en mí— lo he depositado con sumo cuidado, un poco aparte de la gotera.

Por la mañana sigue lloviendo. La única diferencia con ayer es que la niebla todavía es más espesa. Ya había dicho el pastor que venía cambio...

Como aquí ni pincho ni corto recojo mis cosas, que no son precisamente muchas, y me marchó por esta senda que según el ya citado pastor, me dejará después en buen camino para llegar al pueblo del que dista unas seis horas.

No se ve nada. Nada de nada. Como pierdas esta senda ahí te las vas a ver...

Quieto; aquí no sigue. Atrás otra vez. Vaya; mira por dónde iba ella...

Si al menos cesara de llover. O si se levantara la niebla... Ya no sé ni lo qué prefiero más. Mi anorac desde luego no me sirve para nada. Es como si llevara otra camisa.

Ahora hay que cruzar este arroyo. Para pasarlo de un salto es demasiado ancho y descalzarse es una estupidez dado como llevo ya los pies.

¿Qué hará el pastor?

Plaf, plaf. De mis botas sale el agua a borbotones.

Bueno, que me caiga todo lo largo que soy no tiene importancia en el monte. Estoy desde hace mucho rato rebozado de ese barro amarillento y pegajoso que hay en todos los caminos.

Esto sí que tiene gracia. Cuando he salido de la chabola mi reloj marcaba las siete y cuarto de la mañana, y ahora son las siete y cuarto también. De la tarde imposible. Yo calculo que llevaré andando una tres horas o cuatro. Aunque vete a saber; en el monte se pierde fácilmente la noción del tiempo...

¡Qué barbaridad! Esto es llover. El pantalón lo llevo pegado a las piernas como si la tela fuera de goma. Y vaya plastones de barro que tengo por todo el cuerpo. Si me viera mi madre...

Ojo, que aquí se resbala mucho y parece que hay corte. Voy a tirar esa piedra a ver qué se oye. Casi nada...

Cuidado que es simpático este reloj. Ya anda. Debe haber sido a partir del último sopapo. Porque desde luego ha sido bueno, ¿eh?

El pastor me dijo que tenía que ver un pluviómetro cerca del camino, en un alto. Anda, averigua con esta niebla dónde cae.

Me parece que la niebla está levantando. Al menos se ve ahora a mayor distancia.

Una alambrada. De esto también me habló el pastor. Y si es la que dijo el pueblo está en seguida.

Míralo dónde está. Ahí tocando. Humo en las chimeneas, y losas en las calles brillando bajo unos tenues rayos de sol.

Vamos a ver si encuentro un alma caritativa que me preste un pantalón mientras éste se seca. Que tardará lo suyo.



REFUGIO DE URRAKI

(Fot. Pakol)

Casi en el centro geográfico de Guipúzcoa y dentro de una de las zonas más plácidas y risueñas de la provincia, tenemos la modesta y redondeada cota de Urraki —o Urreki— cuyo acentuado verde es fuerte pincelada en el paisaje, bien sea su fondo celeste azul o gris. Sus laderas son ondulados oleajes que llegan hasta los blancos caseríos de Goyaz, Vidania, Régil o Beizama, y donde el herbazal brota tras la guadña del segador, según expresión de un baserritarra que nos señalaba la riqueza de aquellos pastizales.

En la vertiente septentrional de este monte y al borde de la sinuosa carretera que sube de Azpeitia hasta los altos de Goyaz, se sitúa el refugio «Ignacio Zuloaga», del Club Deportivo de Eibar, gracioso albergue que el gran artista guipuzcoano construyó para sus ratos de descanso, o para sus citas y coloquios con la inspiradora Naturaleza.

Conociendo la belleza de Urraki, no cabe duda alguna de que Zuloaga tuvo en cuenta el colorido hasta para la elección del lugar donde levantar esta singular construcción de montaña.

Asomados a su arqueado umbral, nos hallamos cara al Ernio, la cima cargada de historias o leyendas —o de ambas cosas— y siempre con ese porte de majestuoso que le da su categoría «de mil» en medio de un cerco de centenares de picos relativamente bajos.

Igual con su plateado cuando las rocas cresteras brillan al sol, como cuando el invierno lo viste de blanco —como en la ocasión de esta fotografía— Ernio es el intermedio entre la variable tonalidad del cielo de nuestra región y la policromía del valle de Régil.